

Raymond Queneau

Lejos de Rueil

Traducción de
Pablo Moño Sánchez

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2016

Título original:

Loin de Rueil

© Éditions Gallimard 1944

© de la traducción: Pablo Moíño Sánchez

© **Ediciones del Subsuelo SLU, 2016**

c/ Nàpols, 282, 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-944328-2-8

Depósito legal: B 18161-2016

Diseño de la cubierta: Júlia de Quadras Alamán

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 - 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Prohibida la venta en los países de América Latina.

Nota del traductor

Buena parte de la traducción de esta novela se realizó en el Collège International des Traducteurs Littéraires de Arles, en el programa «La Fabrique des traducteurs». El traductor agradece la ayuda, las conversaciones y la alegría de Eduardo Berti, Marta Cabanillas Resino, Sol Gil, Isabelle Gugnion, Gabriel Hormaechea, Nelly Lhermillier, Alicia Martorell, Lucie Maurel Petetin, Marianne Millon, Geneviève Adrienne Orssaud y Antonio Werli, que tanto mejoraron este libro, así como el apoyo, los recursos y la buena disposición del personal del Collège (Jörn, Christine, Caroline, Chloé, Aïcha, Dominique) durante todo ese tiempo.

I

Las basuras rodaron por el cubo metálico y se precipitaron en tromba sobre el contenedor, cáscaras de huevo, tronchos, papeles grasientos, mondas. Un olor blando y parasitario acompañó a esta dehiscencia, un olor tampoco tan desagradable, vaya, algo parecido al perfume del musgo húmedo en los bosques muy profundos pero con un regusto a estaño por culpa del recipiente junto al cual se sitúa la carretilla destinada a trasladarlo todo por la acera para los basureros del amanecer. Liberado de su contenido el cubo iba al final de un brazo viril a rehacer el camino del sexto piso cuando sobrevino una criada. A ella le parecía que vaciar detritus no era trabajo de hombre pero no dijo ni pío pues no quería hacer comentarios sobre el espectáculo de aquella sombra masculina que honraba con su presencia en bata el pasillo de la escalera de servicio.

El gentleman le ofrece ayuda porque le parecía que lo que la chica cargaba era pesado pero ella se negó. Le pregunta además si llevaba mucho tiempo en la casa, no, desde ese mismo día. Él lo sabía pues conocía a toda la servidumbre del inmueble, sus usos y costumbres, las entradas y salidas. Subieron juntos en silencio. Llegaron arri-

ba; por muy envuelto que estuviera en seda rameada él vivía a la altura de las buhardillas sencillamente por su afición a los estudios de pintor bajo los tejados, aunque no era pintor.

Propone a la chica que entre un momento en su casa. No se anda usted con rodeos replica ella. Él se encogió de hombros. Pero ¿por quién lo tomaba? Dio unos pasos para ir a llamar discretamente a cierta puerta cerrada ante la cual tarareó el sujeto unos compases de La Traviata. Enseguida apareció una joven de nalgas firmes que sin dudarle sugiere echar una belote de tres mientras pregunta así que tú eres la nueva. Yo me llamo Thérèse dijo ella y la otra respondió que se llamaba Lulu Doumer.

El tipo insiste, ¿le apetece a Lulu Doumer echar una belote de tres? La chica no sabe jugar. Él abrió la puerta de su domicilio y entraron. La luz eléctrica hizo aparecer ante los ojos de Lulu Doumer lo que a lo largo de su corta vida no había tenido ocasión de ver aún: un hogar de artista, alfombras mullidas, cojines duros, objetos chinescos, iluminación indirecta, alabardas medioevales, cruz y fijos bretones, acrópolis fotografiadas, objetos entre folk y clóricos y nosequantosmil cacharros más de la misma calaña.

Anda que no es chanchi dijo Lulu Doumer con sus catorce años.

—Te quita el sentido eh —le dijo Thérèse—. Ni una sola baratija en toda la choza. Admira la consistencia del asunto.

Caray repitió Lulu Doumer con sus tetitas piriformes.

—No tencontrarás muchos cuchitriles como este —le dijo Thérèse—. No todo el mundo es poeta.

Y no todo el mundo se llama Loufifi. Así simplificaban los asiduos el nombre de Louis-Philippe des Cigales que en una alacena andaba hurgando. Sacó una botella de alcohol y unos vasos que dispuso sobre una bandeja. Lo completó con unas galletitas. Thérèse tomó por el brazo a Lulu Doumer y la arrastró a una anfractuosidad donde yacían las honduras sepulcrales de un diván cargado de olores viciados.

Se instalaron zamparon bizcochos bebieron y Lulu Doumer con el estómago ardiendo por un orujo puro se sintió de súbito del todo como en casa. Des Cigales desdobló el tapete verde y desplegó el juego de cartas.

—Es una pena que no sepa jugar a la belote —dijo Des Cigales.

—Hombre, tampoco vamos a jugar a la batalla —dijo Thérèse.

—No debe de saber jugar al bridge —dijo Des Cigales.

—No señor —dijo Lulu Doumer.

—Igual que yo —dijo Thérèse—. Cada vez que has querido enseñarme me ha entrado modorra.

—Eres una vaga —dijo Des Cigales que barajaba metódicamente las cartulinas—. ¿Qué hacemos entonces?

—Puedo echaros la buenaventura —dijo Lulu Doumer.

—¿Sabes? —preguntó Thérèse.

—Sí.

—Yo también —dijo Thérèse.

—Me habías ocultado ese talento —observó Des Cigales que pasó los naipes a Lulu Doumer.

—¿Por quién empiezo? —preguntó Lulu Doumer.

—Por él —dijo Thérèse.

—Por mí —dijo Des Cigales.

—Corte tres veces con la mano izquierda —dijo Lulu Doumer.

—Ya está —dijo Des Cigales.

—Sólo hay dos cartas en el último montón —observó Thérèse.

—No importa —dijo Lulu Doumer.

—En esos casos yo pido que vuelvan a cortar —dijo Thérèse.

—Cada cual tiene su método —dijo Des Cigales—. No la molestes.

—Ahí está —dijo Lulu Doumer extrayendo el rey de corazones de la ganga del mazo.

Des Cigales asintió.

—Una mujer rubia —continuó Lulu Doumer—. Treinta y cinco años. ¿Profesión? Veamos. ¿Modista? No. Ah aquí tenemos el ocho de diamantes: regenta un salón de peluquería.

—¿Puede leer todo eso en las cartas? —preguntó Des Cigales.

—Te pasma —dijo Thérèse.

—Entonces ¿es así? —preguntó Lulu Doumer.

—Conozco a una dama que ejerce esa profesión —dijo Des Cigales.

—Sigo. Diez de corazones: la quiere. Nueve de corazones: apasionadamente. Nueve de picas: ella no lo quiere. Siete de tréboles: ¡aivá!, ¿es su señora?

—Sigue —dijo Des Cigales.

—Ocho de diamantes: ella quiere a otra persona. Dama de diamantes: ¡ay caray, nóntiendo nada! ¡Es una mujer!

—¡No lontiendes! —exclamó Thérèse—. Pues no es difícil de captar, es sólo quieres joven todavía.

—A mí todo eso que me estás contando no me dice nada nuevo —declaró Des Cigales.

Lulu Doumer barajó las cartas.

—No hay por qué molestarse —dijo Des Cigales.

—No hay más que volver a empezar —dijo Thérèse.

—Ahora le toca a usted —le dijo Lulu Doumer a Thérèse.

—Gracias —dijo Des Cigales—, ya tengo bastante.

—Pues entonces para mí —dijo Lulu Doumer.

Thérèse le hizo cortar el mazo con la mano izquierda una sola vez. Ella preguntaba a los naipes de otra forma. Des Cigales se puso a fumar sombrío y mudo y Thérèse habló de objetos que se pierden, de parientes lejanos que quieren lo mejor para una, de viajes provechosos y de enfermedades de las que no hay por qué preocuparse. En general no estaba mal.

—Todo esto es muy triste —dijo entonces Des Cigales—. ¿Y cómo iba a ser más divertido que la vida? Ya sea con dos días de anticipación o con tres meses de retraso, siempre es la misma miseria. Al jugar nos olvidamos un poco pero si lo hacemos para evocar los descalabros pasados... ¡entonces qué cagada!

—Pues mire que había picas en su juego —dijo Lulu Doumer.

—Bueno, Loufifi, ¿echamos una partida de ecarté —propuso Thérèse—, los dos?

—Ya no tengo ganas.

—Es que no me han dado tiempo —dijo Lulu Doumer—, a lo mejor había buenas cartas.

—A lo mejor.

—Me da la sensación de que no me cree.

—Loufifi no tiene fe —dijo Thérèse—, es por culpa de su enfermedad.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó Lulu Doumer a Des Cigales.

—Una ontalgia —respondió Thérèse.

—¿Una qué?

—Una ontalgia.

—¿Y eso qué es?

—Una enfermedad existencial —respondió Thérèse—, se parece al asma pero es más distinguida.

—Sabe usted una barbaridad —dijo Lulu Doumer.

—Me lo ha enseñado todo él naturalmente.

Des Cigales carga una pipa y la enciende. Sus gestos son medidos y pesados. Lulu Doumer lo mira hacer mientras Thérèse amaga un solitario.

Enseguida le pregunta ella a Lulu Doumer:

—¿Y de dónde eres?

—De Tancarville cerca de El Havre.

—Yo pgo vengo depaguís —dijo Thérèse.

Des Cigales se retiró con gravedad la pipa del hocico.

—De París, junto a Pontoise —dijo.

Proferido eso, se recolocó pausadamente el calumet en el semblante.

—Yo fui una vez a El Havre —dijo Thérèse—, a ver el mar y los paquebotes. Es curioso.

Des Cigales se desatornilló el narguile:

—Curioso es la palabra —dijo.

Y volvió a atornillarse el chibiquí.

—Ah, pues yo —dijo Lulu Doumer—, imagínese que al final sólo he ido una vez, para tomar el tren de París. Ni siquiera vi el mar.

—Oh, pues yo —dijo Thérèse—, yo conozco a mucha gente en Rueil que nunca ha visto Notre-Dame.

Des Cigales se alejó unos milímetros la cachimba de la boca y, tras haber soltado un chorro de humo:

—Exacto —dijo.

Después volvió a cerrar las mandíbulas sobre la hookah.

—No debe de pasarlo uno muy bien en su pueblucho —dijo Lulu Doumer.

—Oh, tranquilo es un rato —dijo Thérèse—. Estal cine los domingos. Y si quieres bailar puedes bajarte a Suresnes donde hay mejillones y las patatas fritas están buenas. ¿Qué más se puede pedir? ¿Os pongo otra ronda?

Des Cigales meneó el melón, afirmativamente. Thérèse volvió a llenar los vasitos.

—También estal museo —continuó—, en la Malmaison. Está lleno de recuerdos de la época del Emperador. Allí es donde empapeló a su Josefina cuando empezó a tocarle las narices. Era bastante cabronazo el Poleón pero todos los hombres son así. Nunca dudan en sacrificar a una pobre mujer para llevarse la gloria. Por eso te digo, para chicas como nosotras, nunca te fíes de un tipo ambicioso, siempre te dejará plantada antes o después.

—No veo por qué no puó llevarme yo tamién la gloria —dijo Lulu Doumer.

—Te digo que te dejará tirada.

—¿Y por qué no iba intentar llevármela yo sola? Yo tamién quió ser rica y rrespetada.